

[AUTOBIOGRAFIA DEL LIBRERO-IMPRESOR DON DIQNISIO HIDALGO].

No hay ninguna humildad tan pequeña, que no sea algun poco tocada de dulcedumbre de gloria.

(REPORTORIO DE LOS TIEMPOS: edicion de Burgos, en 1495.)

Si hay quien crea que el poner yo aquí mi biografía, nace de un sentimiento de pueril vanidad, ó del deseo de que la presente y futuras generaciones me tributen encomiásticos elogios, que ni ambiciono ni merezco, ese que lo crea se equivoca grandemente. Soy el primero en reconocer mi pequeñez, mi insuficiente talento, la oscuridad de mi vida, y si despues de larga vacilacion me he resuelto á consignar por escrito estos lijeros apuntes, en los cuales está fiel y severamente retratada la historia de mi existencia, no me ha movido á ello otro fin que el de satisfacer la curiosidad de algun amante de la bibliografía, y enseñar á mis hijos el camino por donde deben dirigir sus pasos en el intrincado laberinto de este mundo, para que puedan encontrar, como su padre, la misma felicidad á que podemos aspirar sobre la tierra: la paz del alma, moderando las malas pasiones, y la tranquilidad de la conciencia, ejerciendo el bien con sus semejantes.

Nací en Medina de Pomar, provincia de Burgos, el día 8 de octubre de 1809: mi padre D. Valentin Fernandez Hidalgo (1) (q. e. p. d.) descendia de una de las mas nobles y antiguas familias de aquel pais: mi madre, doña Zoa de Palma, ángel de bondad y de dulzura que Dios me conserva, tambien procede de la misma provincia y de honrada é ilustre familia. La época en que yo nací fué aquella en que el pueblo español, heróico y valiente, luchó contra el coloso del siglo defendiendo su nacionali-

(1) Yo suprimo algunas veces, sin razon, y con solo el deseo de abreviar, el primer apellido paterno.

dad; por consecuencia de la perturbacion general que entonces reinaba, se trasladó mi padre á la ciudad de Burgos, en donde, con noble, pero tal vez poco meditada intencion, se afilió entre los partidarios del gobierno intruso, sirviendo despues las administraciones de rentas de Lerma y Sasamon. Terminado aquel sangriento, pero glorioso período de nuestra historia, y restituidos á Medina, di principio á mi carrera literaria estudiando la gramática latina en un pueblo cercano llamado Barruelo, luego en Espinosa de los Monteros, y por último en Medina, que por entonces tenia ya, pagado por el ayuntamiento, un profesor de latinidad. Apenas habia yo aprendido á leer cuando brotó naturalmente la aficion que siempre me ha dominado, la lectura; aguijoneado por el deseo de aprender, abandonaba sin pesar los juegos de la niñez, y encerrándome en el despacho de mi padre hojeaba y revisaba todos los libros que formaban su biblioteca, entre los que recuerdo haber leído, con mucho entusiasmo y placer, tres ó cuatro de caballerías que encontré mezclados con los protocolos de la escribanía que desempeñaba.

En octubre de 1825 me matriculé para estudiar filosofía en el seminario conciliar de Burgos, y gané con buena nota los dos primeros años. En aquel establecimiento, plantel de jóvenes que en su mayor parte se proponian seguir la carrera eclesiástica no miraban, ni catedráticos ni estudiantes, con mucho cariño, á los que por su traje en los paseos y por sus costumbres en la sociedad, daban indicios de que seguirian diferente rumbo, otra carrera que no era la de la Iglesia. Entre estos últimos me encontraba yo, y no me costó pocos sinsabores la aficion que entonces tuve á tocar la guitarra, asistir alguna vez al teatro y frecuentar tertulias y cafés. Dominaba á la sazón con toda su fuerza el retroceso, que queria apagar los destellos de luz que años antes habian aparecido en el horizonte de nuestra libertad, y se queria, condenando las aficiones mas nobles y generosas, y los actos mas impecables é inocentes, volvernos á las tinieblas y oscuridad del despotismo.

El que despues fué obispo de Mondoñedo y mas tarde uno de los adalides mas decididos en el campo de la reaccion, Sr. Borricón, era rector del seminario: avisado por sus espías de que una media docena de estudiantes, yo uno de ellos, nos reuníamos á bailar y divertirnos con juegos propios de la edad juvenil, se presentó una noche en nuestra casa, rodeado de todo el imponente aparato de bedeles y criados, y despues de habernos increpado de la manera mas dura y despiadada y tomar nota de nuestros nombres, nos citó á la rectoral para el dia siguiente á fin

de llenarnos de improperios. Yo no sé lo que sucedería en el ánimo de mis compañeros, de mí sé decir que me causó una dolorosa impresion, que me duró mucho tiempo, porque examinando mi conciencia no veía que aquella falta, si tal puede llamarse, mereciera tan severo castigo.

Llegó el año de 1827, y no queriéndome abandonar mis padres en el inmenso piélago de peligros que rodea á los jóvenes en la edad de las pasiones, cuando estas no tienen el freno de la autoridad paternal, trasladaron, en octubre de aquel año, su residencia á Valladolid, en cuya universidad debia seguir la carrera de leyes, para que, siendo abogado, decia mi padre, supiera defender por mí mismo los bienes que como hijo único debía heredar á su fallecimiento. El catedrático que por sustitucion esplicaba entonces la ética ó tercer año de filosofía, era D. Lorenzo Arrazola. Oí sus lecciones, y en los cursos sucesivos las de los catedráticos señores Gobantes, Hervas y Cabeza de Vaca que tenian á su cargo la enseñanza de los primeros años de jurisprudencia, y en 1832 recibí el grado de bachiller en leyes, *nemine discrepante*.

Mi aficion á leer de que hablé al principio habia tomado entonces colosales proporciones, y sacrificando muchas veces otros gustos y placeres, invertia en libros y suscripciones cuantos recursos pecuniarios podia allegar. El centro de mis delicias eran las librerías; allí, como en mi propio y natural elemento disfrutaba mi alma de inefables goces y palpítaba mi corazon de pura alegría al ver por todas partes los ídolos de mi cariño, los libros: y cuando llevabá á mi casa alguno de ellos para devorar, mas bien que leer, su contenido, de seguro se revelaba en mi semblante el contento y la satisfaccion. Testigos de estos hechos pueden ser los señores D. Clemente Rodriguez y D. Julian Pastor, que actualmente viven y tienen librería en Valladolid.

Hasta muchos años despues de aquella época no habia comprendido yo bien la tendencia de mi aficion á los libros; me agradaban todos, y casi con igual interes leia una novela como una obra de historia natural ó de medicina; mi gusto era enciclopédico; habia nacido indudablemente para ser bibliógrafo, pero la bibliografía no era una carrera con la que se adquiere lucro ó reputacion, ni apenas era conocido tan modesto nombre, y fué preciso continuar la que como hijo obediente habia emprendido por mandato de mi padre. Llegué al fin de ella cursando los últimos años con el venerable Sr. D. Joaquín Tarancon, y me recibí de abogado en la audiencia de Madrid, donde vivia con mi madre, viuda, en 1836.

Nuestra nacion pasaba entonces por una de esas crisis cuyas sangrientas huellas no se borrarán jamás de la memoria de los vivientes y que, trastornándolo todo, ponian en peligro hasta los elementos constitutivos de su existencia. Dos partidos numerosos se disputaban el triunfo de las ideas que cada cual representaba, y no habia medio de mostrarse indiferente en lucha tan general; yo, instintivamente, sin cálculo, sin miras interesadas, sin otro criterio que el que nacia de mi conciencia, y sin hacer profesion de hombre político ni valiente soldado, me incliné allí donde creia que estaba la razon y la justicia, el progreso de las ideas y la felicidad de España. Fui de los primeros que escribí mi nombre en la lista de voluntarios urbanos de las dos compañías, que armadas y uniformadas, dieron la guardia por primera vez en el teatro de Valladolid el dia 27 de abril de 1834. El capitán y comandante de aquella pequeña fuerza eran D. Mariano Miguel de Reinoso y el marqués de San Felices, que ya no existen. Cuando me establecí en Madrid, me incorporé voluntariamente en la compañía de granaderos del cuarto batallon de nacionales, y en ella seguí hasta su estincion definitiva, prestando todos los servicios que me correspondieron, sin haber faltado una sola vez á mis deberes, sin haber pedido ni reclamado merced ni gracia de ninguna clase.

Estamos en 1836. Concluida mi carrera, sino con brillantez, al menos con honor, pues en todos los exámenes, grados y ejercicios que tuve, nunca salí reprobado; dueño de un modesto patrimonio y de un título de abogado, era ya llegado el tiempo de fijar mi suerte para el porvenir: me reconcentré dentro de mí mismo, examiné con detencion mi carácter, mi genio, mi capacidad y mis inclinaciones, y conocí, sin grande esfuerzo, que me hallaba al principio de la carrera, es decir, que la que habia seguido me iba á ser casi inútil, porque era enteramente contraria á mis aficiones. Habia errado, como suele decirse, la vocacion. Mi padre, cuya memoria venero, se equivocó sin duda al creer que con su nombre me trasmitiria su genio; no fué así: el suyo propendia naturalmente á las cuestiones judiciales y las sostenia con tal teson, que muchas veces traspasaba los límites de la conveniencia; el mio, por el contrario, quiere paz con todo el mundo; así fué que á poco de su muerte arreglé amigablemente siete pleitos que habia pendientes. En todos los puntos que no son de honra, porque sobre esto nunca transijo con nadie, es fácil avenirse conmigo: entre la tranquilidad de espíritu y los intereses materiales, no ha estado nunca mi eleccion por estos últimos.

Tomada mi resolucion de no hacer uso del título que acababa

de conferírseme, le guardé en mi papelera, y casi puedo decir tambien que le olvidé. Habia llegado el caso de dar rienda suelta á mis inclinaciones favoritas y escogité el medio de contentarlas; pero no habiendo una carrera de bibliografía, ni maestros que la enseñaran, ni apenas libros, especialmente modernos, por donde aprenderla, era preciso acudir á la práctica, á la rutina. Nueva dificultad: yo no era librero ni de familia de libreros, ni estaba en situacion de empezar por ser dependiente de una casa de librería, ni tenia quien me ofreciese un destino en alguna biblioteca pública, ni genio para solicitarle. ¿Cómo salir de este conflicto y dar pábulo á mi aficion? Poder es querer, se dice comunmente. Yo quise ser bibliógrafo, y á fuerza de años y trabajo, sin reparar en dificultades é inconvenientes, despreciando los desdenes que recibo de los ignorantes que se tienen por sabios, y de los sabios que se tienen por bibliógrafos, sin cejar un punto de mi propósito, sin decaer mi constancia un solo dia, no cuidándome de que otros que saben mil veces menos que yo, aunque tienen elementos y obligacion de saber mucho mas, se dan grande importancia y saben sacar no pequeños emolumentos, con laboriosidad, teson y diligencia he podido ser bibliógrafo.

Seguia por aquel tiempo en Madrid la carrera de ingeniero un jóven, amigo mio y aficionado á libros. Con recursos él y yo nos propusimos comprar las bibliotecas particulares que se presentaran á la venta, y así lo anunciamos en el *Diario de Avisos*; en mi amigo dominaba la idea de la ganancia que pudiéramos obtener en la especulacion, yo lo consideraba como mi aprendizaje en bibliografía. A los pocos dias se presentó la primera ocasion, y adquirimos por ocho mil reales la biblioteca del conde de Salazar que habian heredado unos sobrinos suyos, pero que no tenian la aficion de su tio. Aquel primer ensayo nos salió bien, y yo tuve el gusto de manejar todos los libros á mi satisfaccion, iniciándome en los primeros rudimentos de la bibliografía, y aprendiendo de memoria todos los títulos de que se componia la referida biblioteca, que no eran pocos.

En mayo de 1839 fui á Medina con ánimo de realizar todos los bienes que en aquel pueblo y otros de la comarca poseía: me acordaba de las persecuciones que mi padre habia sufrido allí, unas veces por sus opiniones liberales, y otras por la voracidad y rapiña de los mandarines que dominaban el pueblo, y que á todo trance querian apoderarse de su hacienda. Aleccionado con ejemplo tan reciente, no quise ser víctima de aquellos buitres carnívoros, cuya sed de riquezas no tenian límites, y vendí todo mi patrimonio. Llevado de mi deseo de instruirme y de via-

jar, y con ánimo de establecer en Madrid una librería extranjera y española, me trasladé, á fin de aquel verano, á Santander, y desde allí me fuí á París y Bruselas. Entablé relaciones con los principales editores y comisionados de las dos capitales, hice algunas compras, y supe que la antigua librería extranjera de Denné, que estaba situada en la calle de Jardines, en Madrid, querían venderla. A mi regreso en principios de 1840, traté con la dueña, y nos convinimos fácilmente, porque el entusiasmo allana todas las dificultades, y yo le tenía grande cuando se me presentaban en perspectiva muchos miles de volúmenes. Mi primera operación despues de ser dueño de tan rico tesoro, que no hubiera cambiado entonces por las minas del Potosí, fué trasladar la librería á la calle de la Montera, núm. 12, cuarto principal, y poner en la muestra Denné, Hidalgo y compañía para indicar la procedencia, no porque nadie tuviera parte en ella, sino yo.

Pocas lecciones necesité para imponerme en la marcha y por menores de aquel establecimiento mercantil, el primero de su género entonces en España, pues al gran fondo de libros que ya tenía se agregaron los muchos que yo traje de París y Bruselas. Para aprender una cosa, por difícil que parezca, no hay mejor maestro que la afición, ni mejor método que el trabajo y la firme voluntad de querer. Con estos dos poderosos auxiliares, todos los obstáculos que al principio parecen insuperables van desvaneciéndose, y se consiguen al fin resultados admirables.

Bien pronto conocí que la librería española necesitaba un periódico propio que la desarrollase en sus diversas ramificaciones, y fuera recogiendo en sus páginas los materiales que debían servir algún día para levantar un monumento digno de la bibliografía de nuestra nación; yo no había tenido libro en donde aprenderla, y me sonreía el generoso intento de formar uno que sirviera de enseñanza á los demas. Empeñé, pues, en agosto de 1840, el BOLETIN BIBLIOGRAFICO ESPAÑOL Y EXTRANJERO. No fué mal recibido por los aficionados y algunos pocos libreros, pero la mayoría de estos, de cortos alcances y estrechas miras, en vez de acogerle como al amigo y protector de sus intereses, le consideraron como importuno denunciador de sus supercherías, y le volvieron la espalda con desden. Afortunadamente yo no me di por desairado, porque los desprecios de ciertas gentes no tienen ningun valor, y seguí publicando mi BOLETIN. En esta primera época de su aparición, preciso es confesar que no tenía todo el interés que reclamaba el creciente aumento que iba recibiendo por entonces nuestra industria tipográfica; pero faltándo-

me el apoyo de los que debieran protegerle, y rodeado de otras atenciones perentorias que no podia escusar, me era casi imposible hacer otra cosa mejor. Así y todo, recibí de los extranjeros varias felicitaciones; de mis compatriotas, ninguna. Parece que el genio español está reñido con la bibliografía, y que esta no sirve para nada ni para nadie, y sin embargo, son muchos los que tienen la pretension de conocerla, y muchos mas los que debieran estudiarla para que el carmin de la vergüenza no asomara á su semblante en algunas ocasiones.

En el año de 1840, 11 de diciembre, asocié para siempre mi suerte á la de doña Manuela Garcia, natural de Poza, provincia de Burgos, é hija del contador de las salinas de aquella villa D. José Garcia Fernandez, y de doña Faustina de Oca y Melo; nuestra union, feliz como puede serlo en esta vida de dolores y quebrantos, va caminando dulce y mansamente hácia su ocaso. El cielo nos ha colmado con sus dones, concediéndonos cinco hijos, que forman todas nuestras delicias. ¡Démosle gracias por su bondad infinita!

La fortuna me halagaba con sus favores en mi nueva ocupacion de librero, y mi casa era frecuentada por las personas mas notables de Madrid en ciencias, artes y literatura. Tan favorable éxito en la empresa que habia acometido, me hizo concebir el pensamiento de plantear una imprenta y ser editor. Quería por este medio estender mas y mas mis relaciones y al efecto hice un viaje á Paris en el verano de 1843. Compré la imprenta y la establecí, primero en la plazuela de San Martin, y despues, en 1844, en la calle de la Flor Baja. No dió el resultado que yo esperaba. Conocí entonces que el buen ó mal éxito de una especulacion depende en mucha parte de las personas que uno se asocia para llevarla adelante; yo no encontré quien secundara mis proyectos ni quien me ayudase, segun era su obligacion; unos por su ineptitud, otros por demasiado listos, casi todos contribuyeron á que tomase la resolucion que al año siguiente ejecuté, que fué vender la imprenta y la librería; la primera á los señores González y Vicente, y la segunda á Boniat y Jaymebon que habian venido de Bayona para establecerse aquí. Parecerá extraño que habiendo yo abrazado con tanto ardor aquella ocupacion, la abandonase voluntariamente á los pocos años; no lo hice sin pena, pero era tal la situacion de mi espíritu al ver que el esmero que yo ponía en cumplir religiosamente mis deberes para con los demas, ni era correspondido ni se agradecia siquiera, que se apoderó de mi ánimo el desaliento, y el hastío á los negocios sucedió al calor con que los habia emprendido, amortiguando

por entonces mi pasión á los libros. Pero aquellas impresiones dolorosas duraron poco, y en el año 1847 volvió á renacer con mas fuerza mi afición bibliográfica.

Era la época de las sociedades anónimas, y un comercio tan importante como el de libros no podía menos de tener en ellas su representación. Se formaron dos: la Ilustración y la Publicidad. Yo me puse al frente de esta última en la parte que se refería á los libros, y el continuo manejo de los muchos que necesariamente pasaban por mis manos acrecentó mi caudal de conocimientos bibliográficos. Teniendo mi vista fija en un tiempo lejano, en que debía formar una obra de que carecíamos, con mengua de nuestra honra nacional, no desaprovechaba ninguna ocasión de tomar notas y notas de libros, hasta que á fuerza de años se reunieron materiales bastantes para el edificio que pensaba levantar á la bibliografía española. Dios se ha servido concederme la cualidad de la perseverancia para no desmayar, y el esfuerzo de ánimo y robustez de cuerpo para trabajar sin descanso. Confieso, sin embargo, que no he hecho todo lo que podía, y todo lo que deseaba; pero esta falta de que me acuso tiene su justificación. El siglo en que vivimos, el bullicio de la sociedad que frecuentamos necesariamente, las oscilaciones de la fortuna que alcanzan algunas veces á las familias, y la obligación de acudir á las apremiantes necesidades de la vida, no son ciertamente los elementos mas á propósito para consagrar muchos años á un trabajo, útil sí, pero sin lucimiento y sin recompensa; pues aunque no he sentido las amarguras de la miseria, ni el punzante deseo del fausto y de las riquezas, he tenido necesidad de dedicarme á otras ocupaciones que me proporcionaban lo que no podía esperar en el ejercicio de mi pasión favorita.

Aquel aluvion de sociedades fué desapareciendo poco á poco, y en 1851 llegó el turno á la Publicidad. Memorias bien tristes han dejado algunas, y no es nada risueña la que me ha quedado á mí de la que me cupo en suerte. Por regla general medran pocos los que como yo hacen alarde de no marchar con la corriente del siglo, y prefieren estar en minoría á trueque de no renunciar á ninguna de las cualidades morales que han recibido de mano de la Providencia. Los genios acomodaticios y los que se doblegan con facilidad á las exigencias de otros, cuando de su condescendencia pueden sacar fruto, han vencido casi siempre á los que no han tenido otro escudo de defensa, ni otro norte que los guie, que la pureza y rectitud de sus intenciones. Muchos sinsabores, disgustos y pérdidas sufrí yo entonces, por no transigir con lo que mi conciencia repugnaba, y mi honra no podía admitir: la tor-

menta fué cruda, terrible y larga, pero la resistí con inquebrantable fortaleza, y conseguí por fin anonadar y confundir á los miserables, que valiéndose de medios arteros y viles, quisieron empañar con una fea mancha el terso blason de mi nobleza, que ha llegado hasta mí immaculado desde la mas remota antigüedad, y pasará así á más hijos.

Disuelta la Publicidad y no queriendo permanecer en la inacción, que está reñida con mis hábitos y es un peligroso escollo, pense plantear en Paris un establecimiento de librería española, que sirviese de centro al comercio entre España y América, y al mismo tiempo, como casa de comisión, para importar en nuestro país los muchos objetos que de allí diariamente se necesitan, y que se relacionan con la imprenta y librería. Como lo pensé así lo puse en práctica. En noviembre de 1852, despues de haberme puesto de acuerdo con los principales editores españoles, me trasladé con toda mi familia á aquella capital, y antes de terminado el año se abrió al público la *Librería universal española*, en la calle Pavé Saint-Andre, núm. 3. Siempre he reconocido la necesidad de un periódico especial que dé á conocer los productos de la librería y facilite su venta, y así como en Madrid dí á luz desde 1840 á 1851 once tomos del BOLETIN BIBLIOGRAFICO, en Paris empecé otro con el título de: EL COMERCIO, PERIÓDICO MENSUAL DE LA LIBRERIA UNIVERSAL ESPAÑOLA, que por circunstancias particulares que se dirán, solo duró desde enero á setiembre de 1853.

Habia á la sazón en aquella capital dos sugetos importantes que procedían del ejército carlista, y que teniendo afición á las empresas editoriales, me manifestaron deseos de asociarse á mí, para que reunidos sus esfuerzos y recursos á los míos, adquiriese mayor estension el pensamiento que me habia llevado allí. Resistí al principio sus indicaciones, porque no soy propenso á formar sociedad con nadie, pero cedí por último á ruego de mi amigo el poeta D. José Zorrilla, y nos convinimos en las bases de nuestro contrato. Al irle á estender tropezamos con la dificultad de que aquellos señores no querían, por su carácter de emigrados, que sus nombres se publicaran en dos ó tres periódicos que la ley exigía en la constitucion de las compañías mercantiles. Creí, cándido de mí, en sus protestas y palabras, y firmamos simplemente un papel de compromiso, sin ninguna fuerza legal y sin mas garantía que su buena fe. Era por un año la obligacion, porque yo calculé que en todo aquel tiempo se recaudarían fondos para hacer frente á los gastos del siguiente y sucesivos; pero á los cuatro meses quedó burlada mi confianza, no contribuyeron ya

con aquello á que se habian comprometido, olvidaron su palabra y me dejaron en situacion angustiosa y comprometida. Desde aquel momento todo fué mal; se perdieron los gastos que se habian hecho, se perdió lo que yo particularmente poseia, y regresé con la familia á Madrid.

Este último descalabro, efecto de mi honrada confianza y de la falta de mis socios, me desconcertó completamente, é hizo nacer en mi ánimo una profunda aversion á los negocios, y un desvío tal hácia los hombres, que determiné abandonar completamente el comercio, que ya no ofrecia para mí aliciente ninguno, puesto que no habia encontrado en él ni buena fe en los contratos, ni religiosidad en el cumplimiento de las palabras.

En el verano de 1854 fijé mi residencia en Villafranca Montes de Oca, cerca de Burgos, y en cuyo pueblo poseíamos varias fincas que mi mujer habia heredado de su familia. Allí permanecí cinco meses entregado al cuidado y educacion de mis hijos, y habria pasado el resto de mis dias, si el deseo de estar al lado de mi madre no me hubiera vuelto á Madrid, en noviembre del mismo año.

Algo se habian modificado mis gustos en el corto tiempo que pasé en el pueblo; al de la bibliografía que no era posible cultivar en aquel punto, le reemplazó el de la agricultura, que ocupa entre mis aficiones predilectas el segundo lugar. Pero una vez de nuevo en Madrid habia que pensar en algo, y personas que me querian bien hablaron en favor mio, al que era a la sazón (mayo de 1855) ministro de Fomento, Sr. D. Francisco Luxan, y ocupé una plaza en la secretaría de aquel departamento. No quiero desaprovechar la ocasion de manifestar aquí, como testimonio público de mi eterno reconocimiento, el favor inapreciable que dicho señor, y mis cuñados D. Joaquin Ruiz Cañabate y D. Antonio Diaz Cañabate me dispensaron en aquella ocasion, y que he grabado para siempre en mi alma.

Mi nueva posicion oficial y el retiro voluntario á que me condené, habitando en Chamberí una casita con jardin, volvieron la calma á mi corazon, que tanto lo necesitaba. Los deberes de empleado del gobierno eran fáciles de llenar, al que estaba acostumbrado á trabajar sin descanso la mayor parte del día y de la noche. Cumplida mi obligacion en las horas de reglamento y á satisfaccion de mis jefes, pensé en ocupar útilmente el tiempo que me quedaba libre, y habiendo hablado con D. Carlos Bailly-Bailliere, que á su pasmosa actividad, inteligencia y honradez, reúne un decidido amor á la bibliografía, reanudé mis interrumpidas tareas y salió á luz, desde enero de 1857, EL BIBLIOGRA-

FO. Para llenar el vacío de cinco años que quedaba entre la suspensión del BOLETIN y este último, incluí en él las publicaciones hechas en aquel período.

No habiendo convenido al Sr. Bailly-Bailliere continuar la publicación de EL BIBLIOGRAFO, terminó nuestro contrato al fin de 1859, y en el año siguiente, después de haber invitado á algunos librerías, sin ningún resultado, porque á todos parece que les causa miedo, me encargué yo solo del BOLETIN BIBLIOGRAFICO ESPAÑOL, del cual van publicados cuatro tomos con sus índices, y sigue actualmente saliendo á luz. Forman las tres épocas diez y ocho volúmenes.

Mi costumbre de ver libros y tomar notas como indiqué al principio, rara vez ha dejado de estar en ejercicio, y habiendo puesto en órden los inmensos materiales que tenía reunidos, me decidí por fin, en 1862, á dar principio á la publicación del DICCIONARIO GENERAL DE BIBLIOGRAFIA ESPAÑOLA y á la TIPOGRAFIA ESPAÑOLA de fray Francisco Mendez, corregida y aumentada.

He terminado la relación de mi vida. Los críticos y los literatos hallarán en el estilo con que está escrita, muchas faltas, grande incorrección, desaliñados conceptos; lo sé: no presumo de sabio ni de elocuente: me contento con el papel de bibliógrafo, y en esta modestísima esfera creo que he prestado á mis conciudadanos y al país en que he nacido, los servicios que mi corta capacidad ha podido alcanzar; sino han sido mayores no ha dependido de mí: los he ofrecido, solo una vez, porque no soy importuno, al ministro y á los jefes que han podido utilizarlos: me sentía con fuerzas, colocado en situación conveniente, para haber hecho lo que hasta ahora no veo que nadie haya realizado, porque falta comunmente entusiasmo y laboriosidad. Me engañaría mi buen deseo ó un amor propio excesivo, pues todos me han oído con la mas glacial indiferencia. Tendrán razón. Mi conciencia me dice que debo estar satisfecho de haber cumplido como bueno la misión con que debí venir á este mundo, y lo estoy. Esta recompensa, única que hasta ahora he conseguido, nadie puede arrebatármela. Modesto en mis aspiraciones, libre mi corazón del tormento de los gozos materiales, sin ambicionar honores, títulos ni riquezas, sigo cumpliendo con todos mis deberes, trabajando sin cesar, y gozando en mi retiro de la inefable dicha que trae consigo la buena salud del cuerpo, la paz del alma, y la compañía de los seres queridos que me rodean, mis hijos, mi madre, mi mujer.

Chamberí, 26 de mayo de 1864.

Bibliotecas y colecciones en las cuales existen ejemplares de los catálogos descritos.¹

Excmo. Sr. D. Agustín G. de Amezúa y Mayo, n.ºs 71 y 73.	2
Sr. D. Antonio Rodríguez-Moñino, n.ºs 1, 14, 15, 17, 21, 24, 30, 32, 35, 41, 42, 44-46, 48-51, 56, 59, 61, 63, 64, 66-68, 75, 76, 80, 84, 89, 92, 94, 100, 106, 108, 111, 114, 116, 121, 122, 124, 125, 139, 144, 145, 148, 150, 151, 154, 156 y 158.	52
Archivo de Indias, n.º 3.	1
Biblioteca Nacional, n.ºs 2, 20, 52-54, 56-58, 62, 62, 83, 86, 97, 103, 118, 128, 132, 139 y 142.	10
Hemeroteca Municipal, n.º 87.	1
Sr. D. Julian Barbazan, n.ºs 8-12, 19, 74, 81, 85, 110, 120, 127, 134, 147, 153 y 160.	16
Sr. D. Manuel Ontañón, n.ºs 105 y 161.	2
Excmo. Sr. D. Pedro Sainz y Rodríguez, n.ºs 5, 7, 28 y 65.	4
Excmo. Sr. D. Vicente Castañeda y Alcover, n.ºs 13, 18, 22, 23, 25, 26, 31, 33, 34, 36-40, 60, 77-79, 80, 85, 86, 88, 89, 99, 104, 109, 113, 115, 117, 126, 129-131, 133, 135-137, 140, 143, 146, 149, 152, 155, 157 y 159.	44
Srta. D.ª Victoria Vindel, n.ºs 101 y 102.	2

Catálogos que conocemos tan sólo por referencia.

- de D. Antonio Odriozola, n.ºs 6 y 72.	2
- de D. Antonio Palau, n.ºs 4, 16, 29, 47, 61, 107, 123 y 141.	6
- de D. Francisco Beltrán, n.º 93.	1
- de D. José Enrique Serrano y Morales, n.ºs 43, 110 y 112.	3
- de otros catálogos de librería mencionados, n.ºs 27 y 88.	2
- de Mr. Raymond Foulchè-Delbosc, n.ºs 69 y 70.	2
<i>Total:</i>	161

(1) Téngase en cuenta que sólo se menciona un ejemplar de cada *Catálogo*, por ello advertimos aquí que bibliotecas o colecciones que figuran en nuestro índice con pocos números, pueden poseer muchos más, p. ej. la de D. Manuel Ontañón. Todas las etiquetas de librerías reproducidas pertenecen a la rica colección del Excmo. Sr. D. Vicente Castañeda y Alcover.